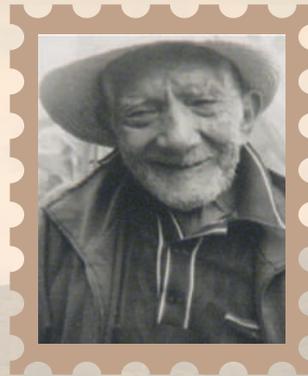


Vilcabamba, uno de los reinos mundiales de la longevidad.



ROSENDO MULTIRRICO

Carlos Sánchez Ocampo

Cronista y viajero colombiano.

“Pobre es el que no tiene tiempo, trabajo ni criterio”. Rosendo Guerrero tenía 98 años cuando fraseó eso. Las palabras resonaron asmáticas en su boca vacía de dientes y filtradas por la saliva que saltaba de ella. Conversábamos en su huerto, en Vilcabamba, sur ecuatoriano, más cerca de las comunidades y pueblos retraídos de la selva amazónica, que de las costas del océano Pacífico que bordean el país. En ese momento tomaba uno de los varios descansos que acompañan sus jornadas de labriego. Dos por día. Un rato en la mañana, otro en la tarde. Eran casi las cuatro y esta era la tercera conversa que tenía con Rosendo. Llegué a Vilcabamba porque es famoso como uno de los reinos mundiales de la longevidad y donde él porque al indagar por la persona más anciana, me dijeron: “Es Rosendo, vive en Yamburará. Él es el mayor de aquí, tiene 98. Vaya que siempre está allá. Lo va a encontrar trabajando en su huerto”. Doña Carmita, que tenía datos tan precisos, me hablaba desde el mostrador de su almacén, pleno marco de la plaza, así que enrumbe para Yamburará.

Pero Rosendo no era el más viejo. Ocurría, como el pueblo ha ido perdiendo las calidades que alargan la vida y centenarios que den continuidad con mérito a la fama, que muchos coterráneos lo tenían por el mayor. La falsa información no estorbaba mis conversaciones con él, pues en realidad yo estaba allí por la vejez, no por el más viejo. Es cierto que hubiera preferido encontrarme a un señor de 110 años, uno de esos que ahora nombran de la quinta edad y que están haciendo preguntas que el mundo no ha sabido responder, pero Rosendo no por ser menos viejo carecía de vejez y, sobre todo, yo no tenía por qué emborronar la suerte de haberlo conocido, así que seguí mis conversas con él¹.

Desde antiguo fue cierto el beneficio natural de las aguas, frutos y clima de Vilca. Los incas disfrutaron tales dones hasta reconocerlo en el nombre: Vilcabamba. Los primeros españoles, que también acreditaron las bondades

¹Tomado del libro *Ante todo pasado*, serie de crónicas sobre ancianos suramericanos.

del lugar, supieron que aquel nombre las traducía sin mentira: Valle Sagrado. Después de ellos ese provecho persistente se concentró en sus naturales y en los que iba dejando la conquista, la colonización y todo el proceso conocido, gentes que disfrutaban, anónimas y sin reuma, ni sobrepeso, su centenar de años, pero a mediados del siglo xx el mundo “descubrió”, las virtudes terrenales de allí. Primero un médico de los Estados Unidos, después revistas científicas y periódicos del mundo lo dijeron, luego lo repitieron más científicos, académicos y periodistas y de un día para otro, por las callecitas de piedra y tierra empezó el desfile de médicos, enfermos, antropólogos, turistas viejos que querían ser más viejos, turistas jóvenes que querían ser jóvenes siempre; vendedores de collares y pulseras que arribaban a ese lugar de la eternidad para ser parte del milagro.

El lugar de la eternidad no fue indiferente. Se construyeron hoteles, hospedajes, restaurantes, bares, almacenes de suvenires, todo eso acompañado de gaseosas, comidas enlatadas y de paqueticos, fotografías, luces, relojes, ruidos y basura. Resultó bueno ir a conocer viejos y los viejos se dejaron conocer hasta hartarse de la novelería. Resultó saludable el agua, entonces fue envasada y vendida en botellitas y así con el clima y la tierra y las rosquitas de maíz. El pueblo comprendió la velocidad de la información y la prontitud de la fama. Por resultado, la calidad ambiental que sostenía gente saludable con más de cien años empezó un desgaste consecutivo² y al final, los siglos resultaron superados por la fama y ahora, comienzos del siglo XXI, Rosendo era uno de los pocos legendarios. La fama, pues, aventajó a la vejez pero no se aventajó a sí misma porque Vilca tenía otros ofrecimientos para sus turistas expediciones a la selva, al cerro Mandango, al parque natural Poducarpus y hasta turismo místico: recorridos espirituales de san pedro, ayahuasca y otros vegetales excepcionales que hay por Vilca y que el etnobotánico, escritor y psiconauta Terence Mackena llamó: manjares de los dioses.

Rosendo, que no sabía leer ni escribir y a quien no faltaba una sonrisa en su boca desdentada y salivosa, como si el mundo fuera una gracia de circo permanente, tenía otra distinción acaso más determinante que su edad y en todo caso igual de notoria: debía ser el más pobre de sus paisanos. Eso concluí en mi primera visita. Con todo, esta no es la historia de un anciano pobre, sino del hombre que tomando distancia al rigor de su existencia había producido aquella frase que Diógenes el Cínico hubiera dicho con gusto: “Pobre es el que no tiene tiempo, trabajo ni criterio”. Si la crónica se detiene en su pobreza es al servicio de esa frase.

No era suya la tierra en que sembraba, lo fue por mucho tiempo, pero hacía bastante que la había vendido. Podía trabajarla, al alcance de sus capacidades, porque logró venderla bajo la más amañada condición: que no la usaran hasta que él muriera y que le permitieran cultivarla sin compartirle ganancias al nuevo dueño. Entonces tenía más de setenta años y el comprador, siendo nativo de Vilca, no calculó debidamente el atrevimiento o ya desconfiaba de la famosa longevidad criolla o el precio lo permitía y aceptó. Fue como comprarse una casualidad. En efecto, pasaron más de veinte años y Rosendo no moría todavía, ni siquiera se sentía viejo.

²Cuentan que don Abertano Roa llegó a los 130 años y que a esa edad no sabía si estaba vivo o muerto, pues decía a sus visitantes: "Antes, cuando yo estaba vivo"

En realidad, ignoraba su edad, decía 98, como si lo hubiera aprendido de la gente, pero al respecto tenía su veredicto.

—Pero eso, saber eso no sirve para nada.

—Sirve para los cumpleaños, Rosendo.

—No..., no hay que saber cuándo nace uno pa saber cuándo cumple, el cuerpo es el que sabe.

—¿Cómo así, Rosendo?

—Es que uno no es viejo porque tenga cien sino porque el cuerpo le dice.

—¿Qué le dice?

—Él le dice.

—¿Y a vos qué te dice?

—Yo seré viejo cuando tenga cien.

—¿Entonces ahora que tenés 98 qué sos: un anciano, un mayor, un señor?

—Rosendo, yo soy Rosendo.

Pero Rosendo tenía 98 y aunque pasó su vida en Vilcabamba o no lejos, aceptando que su mentalidad se batiera airosamente contra esa cantidad de años, ya estaba sometido por múltiples evidencias físicas. Veía poco, oía menos. “Hola, Chencho”, Saludó alguien que pasó a menos de 20 metros. Respondió muy sonriente: “Eeee” y después me preguntó: “¿Era hombre o mujer?”. El frío, los vientos, la humedad, lo dañaban. Cada mañana, para dirigirse al huerto, debía esperar a que el sol calentara la tierra, entonces entraba sin ese peligro “rascoso” que le trasmitía el rocío de las hierbas y el vaho de los caminitos. Entraba y así era como vencía esos 98. El machete, sin cubierta y tan lleno de años como él y a la vez tan dispuesto, iba en la mano derecha. Las botas de caucho, dóciles a sus pies y a su pisada morosa sabían por dónde llevarlo. Así comenzaba sus días de trabajo imposibles de relativizar en dinero o en términos de fuerza laboral, horario u obra producida. Sin embargo, hay que aceptar que lo retribuían con suficiente provecho. Su acto de trabajo, por simbólico que parezca, le otorgaba favores a su cuerpo, a su ánimo y quién sabe qué otros bienes.

—Sería un mal de la vida, papito.

—¿Qué cosa Rosendo?

—Vivir sin donde trabajar, un mal, un mal. El día que lo conocí su tarea consistía en “arañar maticas como las pavitas” en un surco de plantas de camote. La lentitud con que abordaba su labor le hacía interminable la jornada y a él lo hacía más duradero en ese escenario que, a fin de cuentas, era el suyo desde hacía muchos años.

Rosendo dormía en la cocina de una casa abandonada en los linderos del huerto. También fue el dueño de esa casa. Pero cuando el último hijo que lo acompañaba murió, él la vendió. El comprador le permitía usarla mientras juntaba la cantidad para derrumbarla y hacer una a su gusto. El abandono adelantaba su plan. Parte del techo había caído contra los muros. Los montones de escombros se amontonaban en el piso. La puerta principal, desvencijada, ni cerraba ni abría a satisfacción. No le llegaba luz ni agua y ese acabarse en sí misma de la casa sucedía sin que nadie se preocupara por la sucesiva desintegración. Rosendo lo único que hacía era esquivarla, pero dentro de la misma casa, es decir, que se movía a otro lado de una posibilidad. Cuando la caída de cascarones de pared en

su habitación le pareció suficiente peligro, se pasó para la sala; cuando allí un pedazo de techo crujió y se abrió sobre el maderamen que lo sostenía dejando pasar ráfagas de viento, lluvias y la inminencia del derrumbe, se pasó para la cocina. Y ahí continuaba sus días cuando lo conocí. Atrincherado en ese rincón de la casa que era el menos comprometido, quizá porque tanto fuego que ardió allí había endurecido su estructura. El fuego hacía mucho no ardía, pero las paredes ennegrecidas testimoniaban la hogareña e intensa actividad que ahí se desplegó por años y de la que él fue su responsable. Ya no era dueño de la casa, pero disfrutaba de su cobijo. Digamos así para no deslucir el aprecio, poco o mucho, que Rosendo sintiera por el lugar. Dormía sobre un tendido de tarros, tablas, telas y cartones dispuestos en una esquina del recinto junto al antiguo fogón. Llegados a un momento infame, el ladrón más inescrupuloso y urgido no encontraría qué robarle.

Su hija, desde su casa, cercana una cuadra, le enviaba los alimentos o lo llevaba a su mesa. Le servía y lo conminaba a quedarse. Lo hizo el día que lo acompañé a su almuerzo. Él no aceptaba, él quería seguir solo. Esa vez su hija lo llamó desobediente, se quejó, acusándolo de que vivía así únicamente para “verla en su sufrimiento”. Las recriminaciones caían sobre él y eran absorbidas con poroso silencio. Él seguiría ocupando esas ruinas, que lo eran de su pasado, sin darle importancia al rutinario disgusto con su hija. Seguiría, a sus 98 años, como un acróbata de la sobrevivencia y continuaría en su trapecio mientras dispusiera del huerto para cumplimiento de su alma de labriego y de esa cocina para abrigo de las noches. A lo mejor era por eso que Rosendo no se creía viejo todavía y lo detallaba con esa frase tan suya: “Seré viejo cuando tenga cien”.

Y no le faltaba la sonrisa, muda como si fuera un color, el de su boca. No conocí ni logro entender el motivo, cuando no tenía uno propio se suplía de las risas que sucedían a su alrededor en conversaciones ajenas. Se reía sin aprobación ni recelo del chiste, sin conocer el mensaje que se exaltara en las caras alegres. Lo importante era la risa no el chiste.

Los beneficios, deberes, justificaciones, angustias disolventes de una familia, de unas propiedades y del mucho trabajo se repitieron a lo largo de su vida, la ajustaron, la mantuvieron en esa reconocida, consentida y hasta holgada atadura que lo hizo esposo, padre, abuelo, propietario y que, incluso, le permitió alcanzar fama de “traguero, borrachoso y amiguero”. Al paso del tiempo todo eso fue saliendo de su vida y de su casa, y ahora el vaciamiento se había acumulado en poderosa aunque calmada evidencia junto a él, como si todo ese futuro que cimentó se hubiera desplomado sin llegar a ser ese futuro.

Rosendo reunió sus 98 años, su extensa experiencia como propietario de mesas, herramientas, radios, pantalones, tierras, animales, tanta materia que lo representó ante sus semejantes. Junto el aprendizaje, los vacíos que le ha ido dejando la desaparición de todo eso y entonces dijo esa frase diplomada y rociada de saliva, con la que dejó claro que él no era tan pobre como sentenciaba la evidencia: “Pobre es el que no tiene tiempo, trabajo ni criterio”. Lo dijo sin intención de profeta ni sabiondez centenaria, lo dijo pausadamente, sin la sonrisa compañera, sin indiferencia, con el tono de convencimiento que les daría un hombre satisfecho, multirrico. ■